

Manuel Viñas Limonchi



© del texto: Manuel Viñas Limonchi
© de la presente edición: Ediciones Universidad San Jorge
1.ª edición, 2013

Colección Prima Lectio, n.º 3

Diseño de colección: Enrique Salvo
Imprime: ARPI relieve, S.A.

Impreso en España - Printed in Spain

Depósito Legal: Z-1837-2013

Ediciones Universidad San Jorge
Campus Universitario Villanueva de Gállego - Autovía A-23 Zaragoza-Huesca Km 299
50830 Villanueva de Gállego (Zaragoza) Tel.: 976 060 100
ediciones@usj.es www.usj.es



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Prof. Dr.
Manuel
Viñas
Limonchi

Universidad San Jorge, 16 de octubre de 2013

*Paradigmas
comunicativos en
una era convulsa.
Sobre una imagen
y mil palabras*

Dedico esta lección inaugural a mi familia carnal, por su cercanía y amor, y a la profesional, la académica. Para vosotros, todo mi agradecimiento, pasión y respeto hacia vuestra labor. Los académicos consideramos y padecemos la existencia de una crisis financiera; en ningún caso, podríamos admitir y justificar la crisis de valores, la muerte de las ideas.

— I —

INTRODUCCIÓN

Afronto esta lección inaugural desde el vértigo —y los nervios— que supone dar continuidad al ilustre doctor que me ha precedido, el profesor Motis Dolader. Espero no dejar un peldaño «semivació» de sabiduría delante de aquel que me suceda el próximo año.

Mi discurso girará en torno a la comunicación. A esa comunicación que no converge en un destinatario con estricto perfil de comunicador, dirigiéndose, en este caso, al más heterogéneo de los públicos: aquel que observa, escucha e interpreta la realidad. Término, realidad, que capitalizará buena parte de la disertación.

Contrario a la popular expresión «Una imagen vale más que mil palabras», cederé un fragmento de la exposición a cada uno de estos dos recursos

comunicativos, imagen y texto. Ambos, átomos de una misma molécula —comunicativa—, cuyo enlace covalente comparte un electrón común participe en interacciones personales, en comunicación. Interpretados los dos con acento tecnológico, como protagonistas discursivos en un entorno y un tiempo verdaderamente convulsos, que nos sugieren hacer buena la máxima de Steve Jobs: «La mejor forma de predecir el futuro es inventarlo».

Sí, convulso. Convulso, por el incesante registro de imágenes que nos muestran a diario los infortunios de una sociedad sumida en desmedidos conflictos. Convulso también, por el éxodo de las artes literarias desde postulados clásicos hasta los dominios digitales, abanderadas por una revolución —la digital— que deja ya un prolongado reguero de tinta en el camino.

— II —

SOBRE LA IMAGEN

imagen.

(Del lat. *imāgo*, *-inis*).

4. f. *Ret.* Representación viva y eficaz de una intuición o visión poética por medio del lenguaje.

(DRAE)

Es bien sabido por aquellos que habitamos ese dispar universo llamado cibercultura, que los recursos tecnológicos no llegan a todos los rincones del planeta en la misma cantidad, tiempo, forma y/o condición. De igual modo, los usuarios de tales útiles también somos particulares.

A menudo, conectamos el televisor encadenando una secuencia de noticias atrayentes, por disparatadas: la imagen del niño de la guerra africano, que abraza con escalofriante firmeza su maltrecho, pero poderoso Kaláshnikov; contrastando con la del lozano infante europeo que «ataca» el teclado de un potente ordenador capaz de reportarle al mismo tiempo cultura y ocio, o dicho de otro modo, bienestar. Minutos después, vuelta a empezar: un desnutrido chiquillo trazando líneas sobre

la baldía arena con una rama que hace las veces de útil de escritura, previsiblemente hasta de sustento alimenticio; a continuación, el niño afincado en el hemisferio «amable», conversando distendidamente a través de un diminuto *smartphone* de última generación.

Nuevos paradigmas comunicativos: el fin y los medios

En una sociedad tan sólidamente mediatizada como la actual, es lamentable advertir cómo prima la desgracia, la adversidad capturada en su medio natural y revelada tal cual.

Tanto es así, que una docena de años atrás parecía indispensable otorgar el siguiente Pulitzer de fotografía al autor de alguna imagen recuperada de esa «gran manzana estadounidense». Fruta, entonces caída —abatida— por inmadura tolerancia, sobre cuya piel fue desplegado el Armagedón del mundo moderno, la destrucción que suscitaba una prolongada furia interdoctrinal.

Ese aciago día, un 11 de septiembre, los medios de comunicación mostraban fotografías y vídeos del ya entronizado como príncipe del terror. Soberano, amparado por grupúsculos de camicaces, asalariados por el más permanente de los departamentos administrativos, ese que atiende las causas divinas. Insurgentes, adiestrados en tierra

quemada; esa imagen tan habitual que se estampa sobre un cromograma ya conocido. Actores, cuya dote a sus familias, al mundo, será un catálogo de múltiples enfoques trazando su último y letal vuelo sobre la gran metrópoli.

Para inmortalizar el momento, la imagen, engalanada con una cruel objetividad, se encumbraba como paradigma comunicativo de la realidad que ustedes y yo vivíamos frente a un televisor.

Hace casi mil años fue la tan temida pandemia de la peste negra, mortífera dentro de una extensa franja del Viejo Continente, una de las indicaciones esgrimidas para ayudar a girar las manillas del reloj. En los preámbulos de este milenio, el mecanismo temporal marcaba —con origen y puntualidad digital— la hecatombe trasladada al más nuevo de los continentes, a la más poderosa de las naciones, Estados Unidos. Juez y parte, por cierto, de un elevado número de iconos, coleccionados en instantáneas «de concurso».

Sí, puntualidad digital, brotada meses antes del asalto contra dos de los principales estandartes financieros y militares mundiales (World Trade Center, en Nueva York; Pentágono, en el estado de Virginia) y publicitada con un vaivén de números que hipotéticamente crisparían nuestros dispositivos electrónicos, convirtiendo el ADN de la revolución digital —el binomio 0 y 1— en la

más temida arma de destrucción masiva. El imperio digital sufría su particular lucha intestina, bajo acrónimo Y2K o marquetiniano «efecto 2000». Sin duda, un atisbo tecnológico de la fatalidad humana que se nos venía encima.

La primera, la industria tecnológica, salvaba este contratiempo. Las grandes corporaciones invertían considerables sumas de dinero para preservar sus bienes más preciados de una rebelde guarísmica informática. Franqueada la barrera temporal intermilenaria —en pleno 2000—, todo quedaba en un simple simulacro, en un reajuste de ese popular proverbio que habla de «ruido y nueces»: las centrales energéticas mantenían el suministro eléctrico de las ciudades, la máquina registradora contabilizaba de manera escrupulosa, y el adolescente ordenador prolongaba su mandato sobre el escritorio sin necesidad de abdicar a favor de un nuevo regente.

Nacía un nuevo milenio desmarcado de incertidumbres digitales, pero propenso en su cara más informativa a presentar un emergente reclamo comunicativo. La tecnificación de las batallas contemporáneas no solo vislumbraba la invención de originales armas y defensas cibernéticas, sino también una cada vez más avanzada porfía extremista que persevera en optimizar un homicidio selectivo. Una lúgubre evidencia, estampada sobre la pantalla

de nuestro televisor o incrustada en la matriz de píxeles de un monitor, ya táctil, que permitía tocar —palpar— la realidad.

De este modo, simulando el más veraz de los videojuegos de acción, secciones de células durmientes salían de su letargo para invocar liturgia y pánico... más bien, pánico en pro de adulterada liturgia. Cuerpos de elite del espanto, capaces de reventar la cuota de pantalla haciendo palidecer las grandilocuentes ofensivas de sobremesa. Las mismas en las que soldados de encarnado plomo posan en torno a playas desiertas de adversarios, haciendo bueno el consejo de «Si uno no quiere, dos no discuten», o pelean ante la cámara.

La teatralidad barroca que enmascaraba las imágenes difundidas en 1992 por las cadenas de televisión norteamericanas, mostrando —en modo pose— a sus «marines» camuflados en la costa cercana al aeropuerto de Mogadiscio, palidecía ahora ante la realidad más absurda, más atroz, que prevé la intransigencia. No lo duden: si «el sueño de la razón produce monstruos», el que guarda vigilia a la sinrazón genera tristes realidades.

Melodrama barroco para un romántico Théodore Géricault, quien —probablemente— pintaría hoy su *Balsa de la Medusa* apostado frente a un televisor, imaginando cómo se compondría la mítica barcaza vista desde ultramar. Una posición que,

pocos días atrás, posibilitaría avistar en la costa de Lampedusa a los verdaderos alienados: nosotros, espectadores de una cruel realidad mediática.

Retomado el discurso inicial... la peor de las *Centurias* del profeta Michel de Nôtre-Dame (mejor, omitir la variante latina del nombre), aguardaba pacientemente la llegada de un 11 de mes para demoler dos dígitos arquitectónicos en forma de rascacielos. Cifras, 1 + 1, representativas en la jerga informática de aquella mitad de materia numérica binaria, la parte física positiva.

Hoy, la historia los acoge bajo su manto como uno de los tesoros perdidos de la Edad Contemporánea. Almacenados —tristes casualidades de la vida— en el mismo estante y con similar cronología que pusiera a los Budas de Bāmiyān bajo custodia de la eternidad artística. Arqueología virtual, cuyo exterminio fue revivido en imponentes pantallas de plasma a modo de reclamo informativo, con tintes incluso persuasivos, formulando en su proyección el axioma «todo vende, todo vale» y, ahora, ¿por qué no?, todo se exhibe.

Ciertamente, en 2002 el equipo del *New York Times* recibía el doble galardón fotográfico del Pulitzer: por un lado, premiado por la cobertura gráfica dedicada al atentado contra las Torres Gemelas; por otro, poniendo cara y sumario a quienes padecen el conflicto entre Afganistán y Pakistán.

La hiriente verticalidad de la primera instantánea, capturando la llamarada que encendió torres y discordia, contrastaba con los albinos tonos de paz emitidos por una manada de palomas que se elevaban al cielo en una plaza afgana.

Dos años más tarde, en 2004, similares imágenes retornaban al prontuario comunicativo. Madrid, trenes, desolación... fotoperiodismo. La vida a través de un prisma con denominación de origen Robert Capa. La estela de la playa de Omaha, fotografiada en 1944 por este genio de la Agencia Magnum, se extendía ahora abrupta por Atocha; reivindicaba su protagonismo, sesenta años después, en la portada de la considerada como «la biblia de la fotografía mundial», la —desaparecida— versión impresa de la revista *Life*.

Sí, acertaron: Oriente y Occidente, Occidente y Oriente. Escojan ustedes el orden. Los dos extremos de un segmento, del mayor segmento geográfico existente, cuya base antropológica nos recuerda la fórmula aristotélica que proclama la existencia del mundo por la lucha de los contrarios: si existe algo, también debe existir su contrario. O, ¿acaso, no se es más cristiano por simultanear el amor a Dios con el debido temor al demonio? Seguramente.

Permítanme colarme en la vertiente comunicativa estrictamente tecnológica, para contarles otra visión, la artística, de este mismo hecho.

11-S, interacción comunicativa

Poco tiempo después de los atentados en Estados Unidos, la cofundadora y —entonces— directora del Virtual Reality Applications Center (Universidad de Iowa), Carolina Cruz-Neira, junto a la compositora Anne Deane y la coreógrafa Valery Williams, ponían en escena *Ashes to Ashes - Dance Driving: An interactive immersive sonic, dance and computer animation environment*. Una pieza en cuatro actos, reproducible dentro de ese magistral auditorio inmersivo que constituye la plataforma de realidad virtual denominada CAVE.

El prelude denominado «A beautiful day» narraba las declaraciones trasladadas a las autoras por quienes se vieron inmersos en el drama.

Todo el mundo contó que era un día otoñal precioso, con mucho sol, y que estaban contentos porque en esa época en Nueva York normalmente bajan las temperaturas y empieza a llover.

El segundo, tercer y cuarto acto atienden correlativamente a los enunciados «What They Heard», «Ashes to Ashes» y «Dance Driving». Rememoran lo que los entrevistados oyeron («Un trueno, una explosión, ruido de metales...»), contemplaron

(«Todo se puso blanco de repente, era como andar por una piscina llena de leche, no se veía nada») y, por encima de todo, lo que sintieron, cómo analizaron su —aún por vivir— existencia («La mayoría son optimistas por haber sobrevivido y poder disfrutar de la vida»).

«Tú vives su experiencia con ellos en el CAVE, como un compañero de viaje». Con esta frase, la doctora Cruz-Neira nos invitaba a emprender un periplo virtual dentro de una plataforma inmersiva, envueltos por argumentos e itinerarios reales. Un guion, prologado con ese *beautiful day* que proclamaba la bondad del clima, y epilogado en el patrio *God bless America (living in the aftermath)* de aquellos que alzaban la vista al cielo neoyorquino anhelando que el blanco maná suplantase los matices cenicientos que entoldaban la *city*.

Sus nombres, Joyce, Grazia o Billy. Transeúnte, abogada o bombero. ¿Qué más da? En cualquier caso, protagonistas forzados de una trama convertida en odisea cinematográfica. Un libreto que se aleja del glamour hollywoodense, para congraciarse con los filmes documentales que descubren la indiscutible enemistad que desnivela el orden mundial.

Como cualquier otra disciplina comunicativa de naturaleza y despliegue digital, la realidad virtual, sistemática que ensambla los engranajes de *Ashes*

to Ashes, accede, estudia y revela las categorías más dignas de la deontología profesional, de la ética humana. En ningún caso, aquellos creadores que se sirven de tan innovador instrumento apelan en la constitución de su obra a consignas doctrinarias que autoricen la presencia de unos *jeans* dentro de su espacio artificial, impidiendo la entrada a tupidos velos.

Las tecnologías de la comunicación, abastecidas de sólidos argumentos, no deben trasladar sus aventajados métodos a lujosos *colleges*, excluyendo su catecumenado en humildes madrazas. Las ciencias de la comunicación, asistidas por las innovadoras técnicas que participan en su evolución, nunca dañarían la mente de un ser humano —de Malala—, pretendiendo con ello justificar la más pura erudición.

En suma, la metodología y temática desplegadas por la realidad virtual, como tantos otros instrumentos reconvertidos en argumentos comunicativos, no pueden abrir sus puertas al Occidente mediático si tal circunstancia implica dar un sonoro portazo al Oriente mediatizado. Volvamos a la razón. No más hombres mordiendo a perros; no más buitres acechando a niños... No más Saturnos devorando a sus hijos.

Ponderando la causa comunicativa: ¿aldea global?

Alejados del sarcasmo verbal que produce el desaliento, debemos ser conscientes del cruel desfase mediático que nos invade cuando tratamos cuestiones ligadas a países ajenos a nuestro espacio. Una secuela —el olvido o la ignorancia—, fruto, en parte, de la degradación a la que se ven condenados dichos enclaves por los *lobbies* de la política y la comunicación mundial.

El más ilustre representante de la psicología transpersonal, Ken Wilber (conocido como el Einstein de la Conciencia), en uno de sus libros sobre espiritualidad y ciencia alude a este mismo argumento, acogiéndose a los postulados del doctor Phillip Harter, profesor de la Universidad de Stanford.

Harter, impulsado por una sombría certidumbre, ejercitaba un particular reparto de la sociedad mundial. En esa distribución, queda patente cómo la mayor porción de tan antropológica tarta está aderezada con fragmentos de aquellos habitantes que saltan a la palestra internacional en choques étnicos, infortunadamente parapetados tras abusivas y distorsionadas lentes. Según Wilber, si consideramos toda la población de la Tierra como una aldea de solo cien personas, esta se asemejaría a lo siguiente:

- 57 de ellos serían asiáticos.
- 21 europeos.
- 14 americanos (tanto de Norteamérica como de Sudamérica).
- 8 africanos.
- 30 blancos.
- 70 no blancos.
- 6 poseerían el 59 % de la riqueza del mundo.
- 80 vivirían en condiciones inhumanas.
- 70 serían analfabetos.
- 50 sufrirían desnutrición.
- 1 tendría educación universitaria.
- 1 poseería ordenador.

Ironías del destino... Redactar esta lección inaugural, amparado en los privilegios de la autoedición digital, condena a 99 personas de esa aldea al más evidente ostracismo tecnológico. Yo poseo el ordenador.

Una «aldea», con sobrenombre «global» y ubicada en «la galaxia Gutenberg» de Marshall McLuhan, cuyas normas de buena vecindad, impulsadas por el uso de recursos tecnológicos en los dominios comunicativos, se verían claramente mermadas en el reparto de Wilber.

No obstante, cabría ir más allá de respuestas sustentadas exclusivamente en materia tecnológica para calcular, por ejemplo, qué tanto por ciento de ese total se ve abocado a la más cruda realidad mediática soportando las denostadas disposiciones del ser humano. Una realidad, que sería arbitrada por el único poseedor del mecanismo digital dentro de tan particular —y a la vez compleja— aldea: «Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia», que diría el mismísimo F. Scott Fitzgerald.

A una época como la actual, en la que el grueso de las noticias nacionales e internacionales abordan la consabida crisis financiera, le ha sucedido —y persiste— el explícito antagonismo que acontece entre Estados Unidos (y sus aliados) y buena parte del universo islámico. Un prolongado intervalo histórico, donde el infortunio de unos es medido en pantalla mediante un claro contraste entre las suntuosas escenografías que engalanan los foros económicos y sus inversas, las que «funden a negro» el entorno oriental. Alejadas, estas últimas, de aquellas viejas estampas en sepia que nos mostraban los tesoros culturales de antiguas y regias civilizaciones.

Desgraciadamente, uno de los escasos vestigios de tan floreciente época legado a la actual es la famosa ley del talión, recopilada en el código de Hammurabi. ¿Recuerdan?, «Ojo por ojo, diente por

diente». El edicto promulgado por el sexto rey de la primera dinastía de Babilonia, nos convierte en jueces de una realidad humana tallada sobre esa fría superficie que da forma a la pantalla. Enfrentados a esta, a la pantalla, parece como si con acompasada cadencia nos ocluyesen un ojo, el del conocimiento y la justicia, para fulminar con el otro todo lo abarcado dentro del rectángulo televisivo.

Es el poder persuasivo de la imagen que propugna la más ortodoxa comunicación, trasladado a las partes blandas —abstractas—, oprimiendo esa zona, llamada conciencia, donde se forjan los indicios que ayudan a distanciarnos de lo meramente intuitivo.

Toda una serie de estrategias visuales, implantadas en una sociedad —la actual—, emancipada, en parte, gracias a los privilegios que dispensan las nuevas técnicas comunicativas. Dotada, por el contrario, de regímenes que en nombre y para gloria divina imponen su dictadura en contra de la técnica y —más grave aún— de lo humano. Una sociedad que involuciona tras una vejatoria competición armamentística, capaz de vaticinar escudos antimisiles para los de siempre, desvalijando las maltrechas arcas de países donde el lujo no es la tecnología, sino el mero hecho de abrir un grifo y que destile agua suficientemente cristalina.

Coyunturas —todas—, que nos revelan una era y unos parajes casi de evocación bíblica; unas

veces, inmortalizados según la exégesis mostrada en el capítulo sexto del Apocalipsis; otras, ilustrados gracias a virtuosos de la fotografía. Es el caso de Sebastião Salgado, quien galanteaba primorosamente (triste paradoja) con la miseria que aísla el hábitat laboral y humano de los extractores de cristal de cuarzo. Ese oro, de potencial cualidad binaria, indispensable para engarzar cada una de las piezas que componen el cuerpo de la reliquia electrónica por excelencia, la computadora.

Es la magia de la comunicación, analógica o digital... qué más da, comunicación. La grandeza de la lectura y la escritura, de la semántica iconográfica, del cara a cara practicado por seres genuinamente racionales.

Una herencia evolutiva —la comunicación— que toma cuerpo en nuestros orígenes vitales. Un bien universal regalado al nacer, justo cuando emprendemos el instintivo ejercicio de combinar y transmitir ciclos de sonidos que buscan la cotidianidad del hecho humano, anulando la retórica literaria para convertirse en pura emoción.

Comunicación, interpretada a veces como pura sinfonía por aquellos a quienes se les negó la posibilidad de construir —simplemente con abrir sus ojos— un maravilloso mundo de imágenes; recreando ahora en su interior el más genuino de los escenarios.

Recuerdo en este momento, querido Joseba (Bonaut), las palabras de un cansado y ciego Alfredo a su pupilo Totó: «La vida no es como tú la viste en el cine —señalaba Alfredo—, la vida es más difícil. ¡Vete de aquí! No quiero oírte más. Solo quiero oír hablar de ti», *Cinema Paradiso* (Giuseppe Tornatore). Cuántos besos robados, cuántos recortes de vida en secuencias censuradas, editadas en celuloide y guardadas dentro de esa caja de lata que heredaba en la ficción el ya consagrado director de cine Salvatore Di Vita, Totó.

Comunicación. Una práctica fijada —cada vez más— sobre un segmento, cuyos extremos son ocupados por el ser humano en un vértice, y la máquina y sus aliados computacionales en el opuesto. En el centro de esa fracción lineal camina, trabaja, se relaciona y siente aquel que hace natural la hazaña de vivir, de comunicarse; el mismo que se sirve de un teclado para manifestar su afecto o acerca un teléfono a su oído para escuchar una voz amiga; esa persona que, alejada de vilezas tecnócratas, se devana hoy los sesos esbozando las razones que distancian en la carrera digital al primer del tercer mundo, cuando su mente y corazón se estancaron hace años en la lógica moral que reclamaba medidas enérgicas para mitigar las desigualdades sociales existentes entre pobladores de uno y otro hemisferio.

El recurso gráfico, soporte a veces velado de esta primera mitad del discurso, se integra en nuestro entorno social apoyando el orden comunicativo. La esencia que respalda la célebre frase de un ilustre de la publicidad, Luis Bassat, «Una valla publicitaria —una buena imagen— debe ser un puñetazo en el ojo del viandante», aunque irónica en el enunciado, reivindica la memoria y la realidad visual como reclamos expresivos complementarios a la palabra hablada, a la propia oratoria.

La cultura de la imagen nos habilita para recobrar habilidades milenarias características de nuestros antepasados. Trazamos formas y aplicamos color sobre los más variados soportes verticales, persuadiendo, demandando un interés comercial o tal vez sentimental. Nos mostramos a los demás. Entablamos un juego de precisas palabras, de preciosas miradas. Incluso, al más puro estilo orwelliano —en su novela *1984*—, nos transformamos en un Gran Hermano provistos de los más totalitarios argumentos para convencer a nuestros semejantes. Simple, pero magistralmente, nos comunicamos.

— III —

SOBRE LA PALABRA...

palabra.

(Del lat. *parabōla*).

2. f. Representación gráfica de la palabra hablada.

(DRAE)

Desde los juglares ambulantes del medievo hasta los grandes predicadores de la escena política actual, la oratoria —la propia voz— ha sido el mecanismo comunicativo más adecuado para trasladar o percibir un mensaje suficientemente aclaratorio de una idea, que informa y/o sugiere a otra persona o colectividad. No en vano, la escritura y la lectura eran, hasta pocos siglos atrás, dominio exclusivo de las clases sociales más altas, así como del funcionariado y el clero.

El pueblo subsistía bajo un clima de vejatorios tributos políticos y eclesiásticos que vetaban a los ciudadanos la posibilidad de alcanzar cotas de sabiduría idóneas para asimilar los progresos que ya podían advertirse en las disciplinas literarias y en aquellas que comenzaban a despuntar con gran

vigor, como las artes editoriales o la propia publicidad de naturaleza comercial. Era, por tanto, el poder de la persuasión, servida con firmes palabras y sugerentes ademanes, el método más eficaz de convencer a una masa social incapaz de deletrear una de aquellas frases lapidarias cargadas de símbolos incomprensibles para su entendimiento.

La semiología, aunque desconocida entonces como ciencia de los signos, daría un gran paso a favor de los más desfavorecidos culturales. El signo estrictamente icónico descubriría toda una serie de connotaciones visuales plenamente comprensibles por los proscritos del alfabeto. El no-ilustrado pueblo comenzaba a formar parte activa de ese espectáculo mediático donde despuntaban hilarantes actores, personificados en un ávido comerciante, un pícaro cuentacuentos, un político charlatán o un barbudo visionario «pateando» la realidad del porvenir.

Salvado ese oscuro periodo donde la hambruna y las enfermedades compartían mesa con una interesante cultura cómica popular, surge el que será uno de los grandes descubrimientos de la historia de la humanidad: la imprenta de tipos móviles, creada por Gutenberg, en 1450. La cultura se socializaba. Las grandes obras, hasta entonces incunables, comenzaban a ser seriadas; desplegándose una ya interminable lista con el *Misal de Constanza*, estampado en fuentes góticas por el citado impresor

de Maguncia. La cultura sacra, antes iluminada, ahora se escribía.

Textos en portada: del icono al —irreverente— tipo

Medio milenio después, en abril de 1966, en los preámbulos de la era cibernética pronosticada por grandes idealistas como Fritz Lang en su futurista *Metropolis* de 1927, la revista *Time* publicaba una atípica y polémica portada. Atípica, por ser la primera revista de la estirpe editorial que prescindía en su cubierta del valor persuasivo que escenifica una buena imagen, sustituyéndola por un sencillo titular. Polémica, muy polémica, al poner en entredicho la pervivencia de uno de los personajes que más portadas ha acaparado en la historia de este magacín; utilizando solo texto para cuestionar dogmas ya afianzados en los protocolos teológicos.

La expresión «*Is God Dead?*» [¿Ha muerto Dios?], estampada en fuentes romanas púrpuras sobre el fondo negro del más ilustre de los *newsmagazines*, introducía las teorías de ese profeta de la sabiduría anticlerical llamado Nietzsche; detalladas casi un siglo antes por el propio filósofo alemán en su libro *The Gay Science* [*La Gaya Ciencia*]. Tres años después, tras surcar verdaderos océanos de tinta, el rótulo de portada en *Time* se transformaba en un «*Is God coming back*

to life?» [¿Ha vuelto Dios a la vida?], tipografiado ahora en fuentes grotescas. Sí, esas mismas letras «degeneradas» decimonónicas, cuya geometría «desnuda» secciona el ornamento, la serifa, en la anatomía de las elegantes grafías romanas.

Bajo análoga línea editorial, emulando a la impre-
sa en 1966 por *Time*, la también estadounidense
Newsweek publicaba en una portada de 2009 el
titular «*The decline and fall of christian America*»
[La decadencia y caída de la América cristiana]. En
este caso, las fuentes protagonistas eran versales
rojas, también grotescas, formando una cruz sobre
fondo azabache. Los movimientos contraculturales
que inquietaron en los años sesenta ámbitos tan
ancestrales como la teología y la política al com-
pás de Janis Joplin, regresaban —transformados en
sentencia— a la cubierta de una de las principales
cabeceras de la prensa internacional.

Curiosamente, el recurso tipográfico —la letra—
volvía a convertirse en juez y parte de una histo-
ria que se repetía cuarenta años después. En juez,
instigando alegóricamente el discurso; en parte,
queriendo vetar la representación gráfica de la divi-
nidad, de Dios, en los dominios de uno de los más
universales modelos comunicativos, *Newsweek*.

Filosofía y fe, presentadas por «irreverentes»
tipos —fuentes—, confluían en las páginas impre-
sas de dos ilustres medios, etiquetando con ello

la existencia de un galopante contexto laico. Casi diecisiete siglos antes, un insigne santo, filósofo y doctor de la Iglesia, San Agustín, en su obra *Las Confesiones*, dibujaba otra imagen de Dios...

Qué distinto es este Dios, esta imagen de Dios, argumentaba [...] Decían: «¡Verdad! ¡Verdad!», y me lo decían muchas veces, pero jamás se hallaba en ellos; más bien decían muchas cosas falsas, no solo de ti, que eres verdaderamente la Verdad, sino también de los elementos de este mundo, creación tuya, a partir de los que debí sobrepasar incluso lo verdadero que dicen los filósofos, por amor a ti, ¡oh Padre mío sumamente bueno y hermosa de todas las hermosuras!

Palabras —insisto— de San Agustín, de padre pagano y madre cristiana, cuestionando sus propios credos metafísicos, en una época donde la filosofía era un potente *lobby* cultural, capaz de reconducir a la sociedad.

Siglo XXI: erudición literaria en soporte digital
Entremedias, en el epílogo de los años setenta —de 1970—, época durante la cual la comunicación se rediseña a modo de instrumento tecnológico de uso interpersonal, emerge la figura de un vídeocreador de la escena electrónica, Nam June Paik, capaz de vaticinar el futuro más cercano del conocimiento «cibercultural». Para el autor de la expresión «autopista electrónica»:

Hacia el año 2010 tendremos por lo menos un premio Nobel de literatura que no habrá publicado todavía un solo libro. Todos los sueños de los autores de poesía concreta y el libro no-lineal de Marshall McLuhan se realizarán muy baratos [...] Asistiremos al nacimiento de la literatura sin libros y del poema sin papel [...] Podremos poseer todos los libros de la Biblioteca de Nueva York y, durante nuestro tiempo de ocio, tendremos el hábito de leer de forma arbitraria [...] Cuando hagamos un largometraje acabará de diversas maneras y los lectores podrán seleccionar su propio final [...] Aunque también nos podríamos preguntar ¿tendremos verdadera necesidad de toda esa información?

En 2013, tres años después de la fecha fijada por Paik, comprobamos que varios de sus postulados se han cumplido. Otros, son hoy ensoñaciones literarias que podrían tocar la realidad en poco tiempo. Planteamientos, en cualquier caso, que nos inducen a tantear esa misma pregunta, «¿tendremos verdadera necesidad de toda esa información?», extrapolando la posible respuesta a ese dominante comportamiento «mecanicista» que nos incita, cada vez más, a actuar sirviéndonos de la lógica y la instrumentación electrónica.

La entrada en un nuevo milenio, el tercero, ha evidenciado la adquisición de inéditos roles creativos instaurados en una controlada —y ya vieja— era de revolución digital. Una efervescencia digital, cuyas reglas de instrucción técnica han sido convenientemente despejadas a lo largo de

los últimos sesenta años. «Domesticada» la máquina, es el ser humano —la materia gris— quien capitaliza ahora la secuencia creativa.

Ahora bien, dentro de esa fricción lingüística —y por supuesto, metodológica— que aún se produce cuando convergen en un mismo espacio dos términos como «humanismo» y «digital», se tornaría casi iconoclasta, por ejemplo, componer en cursiva un texto de alcance tecnológico. Al margen de la normativa filológica que demanda la redacción en itálica de ciertas expresiones, son todavía pocos los pretextos gramaticales que «humanizan» la tecnología; existiendo, eso sí, autores que han contribuido a ligar de manera natural ambos conceptos. Entre ellos, Steve Jobs.

En palabras de su biógrafo, Walter Isaacson:

Jobs comenzó a mostrar una sencilla diapositiva al final de muchas de sus presentaciones de productos: una señal de tráfico que mostraba la intersección de la calle de las «Humanidades» y la de la «Tecnología». Allí es donde él residía.

Quien fuese líder intermitente de Apple Inc. (*incorporation*), que no Corps. (*corporation*) pues esta era propiedad de los Beatles, vivía un romance continuo con el diseño, con la estética. El genuino y controvertido rey Midas de la tecnología se sentía especialmente atraído por el influjo estético y funcional de la tipografía, siendo, como era, un noble tecnólogo al servicio de la causa informática. Curioso.

Adentrados ya en un periodo en el que los ingenios digitales acogen ciertas cualidades humanas de índole sensorial («Las emociones no solo son para los animales y las personas», D. A. Norman), cabría penetrar en ese cosmos que descubre las interacciones posibles entre el conocimiento y la mecánica, entre la reflexión y la intuición. Y por qué no, esbozar cuestiones de corte humanista cercanas a planteamientos en los que la máquina participa en ese devenir de sabiduría que marca el ritmo de disciplinas inmersas en artes tales como las literarias.

Ahora bien, ¿sería pueril, por ejemplo, demandar un impulso de erudición poética a un artilugio frío y lógico? Tal vez, no.

Permítanme, en este caso, que cite al historiador y teórico del arte Giulio C. Argán, quien —en los años sesenta— planteaba si «la máquina sería capaz de llegar a producir una obra de arte, empeñada como está en realizar un trabajo económico». El propio Argán saldaba la cuestión con un pronóstico auténticamente humanista, concediendo el justo protagonismo creativo y técnico al dispositivo electrónico que ya entonces comenzaba a gestarse como uno de los grandes logros de la historia de la humanidad. Decía Argán:

Quizá algún día se consideren a las computadoras como las más apreciadas herramientas artísticas de la

humanidad. Son meramente una herramienta. Algunos críticos han señalado que el arte con computadora no puede ser verdadero arte, pues está producido por una máquina. Pero una computadora no puede crear arte por sí misma de la misma forma que un pincel no puede producir una Mona Lisa. El arte con computadora, como todas las artes, es producto de la mente humana, concebido con estudio e imaginación. No depende de la destreza manual del artista, sino de su habilidad, la concepción de nuevas ideas visuales y el desarrollo de métodos lógicos para formar imágenes. En este sentido, el arte con computadora puede estar más cerca de la mente y del corazón humanos que cualquier otra forma de arte. Es decir, es un arte creado por la mente en vez de por el cuerpo.

Letras digitales

¿Creación?: producto de la intuición o la reflexión; atribuible al ser humano y/o la máquina; en tiempo y forma, ¿interpretable como la evolución o regresión que se atribuye a lo conocido?

En la mayoría de las disciplinas que acaparan el conocimiento humano se produce en ciertos momentos o fases una evolución que no siempre debe articularse como una negación de lo existente. En ese juego —casi «darwiniano»— Internet se alza como abanderada *mass media* en la transición que se genera de lo tangible hacia lo sensorial, lo virtual. Y nada cambia: el mismo texto, imagen y sonido que configuran la estrategia comunicativa a través de dispositivos audiovisuales

tan clásicos como el teléfono o el televisor, se mantienen hoy como motor semántico de ese lenguaje binario que compone los renglones de una obra catalogada ya en los estantes artificiales de la Red.

El mismo libro, pero en soporte impreso, cuya lectura, afirmaba N. Gershenfeld (profesor en el MIT):

El avance del progreso técnico amenaza con convertir en un acto de desafío antitecnológico. Lo cierto es que los libros y las estilográficas llevan a cabo su tarea mejor que sus descendientes digitales. Más que reemplazar nuestro mundo, deberíamos antes intentar que las máquinas lo potenciaran.

Similares planteamientos a los esgrimidos, en la vertiente literaria, por un Camilo J. Cela que nunca habría reemplazado pluma por ratón (*mouse*) para firmar sus textos. Eso sí, su «colmena», trasladada literalmente como objeto a la actual jerga digital, podría ser la sustituta natural de la «gran telaraña virtual» que simboliza Internet: de WWW a WWB (*World Wide Beehive* o Gran Colmena Mundial). Un «panal digital», en cuyas celdillas hexagonales serían ubicados los protagonistas virtuales que —partícula a partícula— construyen la gran autopista de la información. Agentes, enunciados como *websites*, blogs o redes sociales, capaces de globalizar la información y el conocimiento dentro de la vasta red que entrelaza los múltiples sistemas de comunicación digital.

Una estructura inorgánica, compuesta por seis ángulos y otros tantos lados, circunvalando un dominio poligonal perfecto donde son licuados ceros y unos. Dos guarismos, conformados, en origen, como sustento de la base lógica digital sobre la que se fija el entramado informativo; a la postre, el néctar comunicativo que manipulan y trasladan laboriosos organismos desde cada uno de los brotes culturales y socioeconómicos instalados en los más variopintos paraísos del saber.

«Evolución contra regresión», *Cristo versus Arizona* (Cela, 1988), en palabra y obra del que fuese marqués de Iria Flavia. Una continua evolución de la Red, en cuyos fondos serán canalizados un sinfín de documentos, redundando hasta la saciedad en la vida y obra de un coleccionista de estilográficas. El más clásico de los enseres de escritorio, cuya tinta se regenera ahora en electrónica para ser descargada en centelleantes paneles donde el lector propone la «cuadratura del círculo». Sí, esa «no linealidad» de la lectura que planteaba McLuhan, en la que el usuario decide cómo y cuándo accede a dispares fragmentos, modelados con un texto y una imagen inyectada en píxeles de luz.

La secuenciación de la lectura —de su argumento— en dispositivos digitales nos acerca, en cierto modo, a los feudos literarios surrealistas que Julio Cortázar esbozaba en su hoy cincuentenaria

Rayuela. Una obra, en la que el autor argentino permite al lector determinar el orden de seguimiento de los pasajes. Acción que se convertiría en verdadera hazaña en el ya mencionado *Cristo versus Arizona* narrado por el «familiar» de Pascual Duarte, por estar escrito a modo de monólogo y provisto —sus más de cien páginas— de una única frase.

Y es que, para Cela, como queda reflejado en este libro, «La vida no tiene —no tenía— una sola trama».

Apelando al plano bucólico, queda prácticamente en nuestra memoria —y en la de la historia— ese voluntarioso ejercicio literario consistente en la redacción de apasionadas cartas. Cuartillas, empapadas en tinta y sollozos. Documentos, idóneos para conjugar los más tiernos sentimientos y los más oscuros laberintos pasionales, son confinados hoy en los cajones del viejo buró. Cartas, convertidas ya en patrimonio de la antigüedad, apostadas en la repisa de un idealista; instaurándose un nuevo orden epistolar, cuyo soberano firma expedientes con tinta electrónica, sellados con sus reales armas en forma de blasón de silíceo.

No obstante, seamos optimistas. Seguro que pronto hablaremos de «las edades de la máquina», conscientes, por supuesto, de que «las del hombre» nunca expiran. Solo el ser humano, en su más lúcida esencia, puede componer dentro de

ese *metaespacio* bibliográfico que acoge Internet un escenario donde naveguen los *Ulises* de Joyce, bajo el suave murmullo que exhalan los *Salmos al viento* de Goytisolo, inquietados únicamente por los *Tambores de hojalata* de Grass.

– IV –

EPÍLOGO

Me gustaría concluir esta lección inaugural aludiendo, por un lado, a un término que ha sido capital en todo el discurso, por otro, a un célebre personaje cinematográfico, finalizando con un deseo.

El término es «realidad». Oriunda de una hornada de materias abonadas históricamente al apelativo realismo. Por ejemplo, las vinculadas a tendencias puramente artísticas y literarias; sobresaliendo el realismo mágico de los Kasack y Langgäser, el realismo poético de Keller y Auerbach, o el realismo socialista plasmado por el pintor Sergei Gerasimov. Majestuosa expresión, realidad, que nos introduce en la vertiente más objetiva de la información; entendida esta como sumario textual, icónico y/o sonoro, concebido por obra y gracia del talento humano, e instrumentado

a través de los más desiguales mecanismos tecnológicos. Al fin y al cabo, «realidad»: el único término que nace libre de pretextos.

El personaje es Groucho Marx. El hermano mayor de la conocida saga de humoristas argumentaba: «No entiendo de economía, pero sé que cuando los neoyorquinos alimentan a las palomas de Central Park, las cosas van bien; cuando las palomas de Central Park alimentan a los neoyorquinos, como ahora, las cosas van mal». La agudeza de Groucho Marx aludiendo a la Gran Depresión de 1929, medía con acierto métrico la realidad que se incrustaba —que se incrusta hoy— dentro de una atmósfera densa, oscura, propia de un periodo convulso.

Ojalá —y este es el deseo— la cada vez más mundana realidad se transforme un día en mero objeto de ficción. Que su imagen, junto con las mil palabras de la discordia o de la paz que la ilustran, se convierta en mero argumento literario alejado de la incertidumbre que nos devora. En argumento que glose las páginas electrónicas o impresas de ese apacible libro que leemos en butaca de orejas. Distendidos. Evitando la mundana realidad de la comunicación. Ojalá.

*Este título se terminó de imprimir en Villanueva de Gállego,
el 20 de diciembre de 2013.*